

Lagmanovich, Vigil y Laprida (o David desde la orilla)

Lagmanovich, Vigil and Laprida —or David from the edge

Rogelio Ramos Signes*

Tal vez no sea lo correcto recordar a David Lagmanovich desde un texto autorreferencial, pero hoy me parece una decisión adecuada a más de trece años de su fallecimiento.

Si se me permite este juego de palabras, que no lo es, diré que conocí a David antes de conocerlo; es decir, en 1974.

Por entonces yo trabajaba en la Editorial Biblioteca, verdadero emprendimiento modelo en la ciudad de Rosario, provincia de Santa Fe. Dicha editorial había surgido de un grupo de emprendedores, entre propietarios y empleados de un espacio donde funcionaba la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil, una biblioteca de barrio. El objetivo era dar difusión a la obra de autores, principalmente del litoral (Juan L. Ortiz, José Pedroni, Francisco Urondo, Juan José Saer, Miguel Brascó, Rubén Sevlever y Aldo Oliva, entre otros), y que luego se extendió a creadores de todo el país.

Así fueron apareciendo grandes obras de narrativa y poesía, a las que se agregaron colecciones de textos educativos, pedagógicos, didácticos (la Colección Praxis, por ejemplo) además de las llamadas Enciclopedias Regionales. A lo largo de 11 años llegaron a editarse casi 100 títulos, divididos en 16 colecciones. El objetivo era bregar por una verdadera experiencia de educación popular, laica, gratuita y de excelencia. Esta asociación cooperativa vecinal creció y funcionó con éxito para bien de la cultura. Gracias a una gran rifa que organizaba con periodicidad y mucho respeto, con premios reales y verdadera adhesión popular, la bi-

* Escritor. Tucumán, Argentina. <ramosignes@gmail.com>

biblioteca de barrio creció hasta llegar a tener una manzana completa con un edificio propio de siete pisos. Allí, además de la editorial funcionó una guardería infantil, para hijos de sus empleadas, escuela primaria y colegio secundario. En otros puntos de la ciudad creó una escuela fábrica; un instituto agronómico (que a su vez ejercía sus actividades en una isla del río Paraná forestada con ese fin), una colonia de vacaciones con gimnasio, escuela de arte y anfiteatro; además de un observatorio astronómico que fue una institución modelo. Pero todo quedó trunco cuando la asociación cooperativa fue intervenida por el golpe cívico-militar de 1976, apresando a sus directivos, dejando sin efecto todas las funciones del grupo y destruyendo la mayor parte de las obras publicadas. El terrorismo de Estado golpeó con furia esta novedosa experiencia destinada a la formación social, editando libros de gran calidad y a precios accesibles, como punto de partida.

Yo tenía 24 años por entonces, y atendía junto a mi esposa, Fátima Gatti, el quiosco itinerante que la editorial instalaba en diferentes facultades, colegios y fábricas. La idea era promocionar el catálogo de la Biblioteca que crecía a diario. Así llegó a mis manos por primera vez un libro de David Lagmanovich: *La literatura del noroeste argentino* que era el tomo 6 de la colección Ensayos. Para mí fue algo fascinante leer sobre algunos autores de las diferentes provincias de esta región del país que Lagmanovich trataba allí, y los estudiaba ampliamente en cada capítulo específico mencionando sus obras hasta entonces. Eso me ayudaría mucho en años posteriores, incluso en mi interrumpida carrera universitaria.

Ya de vuelta en Tucumán, comencé a trabajar como periodista en la oficina de prensa del Ministerio de Bienestar Social. Quiso la casualidad (si es que tal cosa existe) que allí fuese compañero de tareas de alguien que conocía a David, quien vivía con su familia en Estados Unidos desde hacía más de una década. Así fue que, a la distancia, me puse en contacto con él, comentándole su libro y teniéndolo al tanto de lo que sucedía en la literatura de Tucumán. Recuerdo que nos comunicábamos por cartas a través de las bolsas de correo de ATICANA. Ambos amantes de las letras y de la música, intercambiamos libros y discos durante un par de años; libros que partían desde Tucumán, y discos que me llegaban desde Washington. Todavía conservo algunos LPs del grupo *The Four Seasons* o del folclorólogo Alan Lomax, muy activos en aquella época.

Tras muchos años trabajando allí como docente, David regresó a la Argentina en 1977, iniciando un periplo que lo llevaría por las facultades de La Plata, del Comahue, de Mar del Plata y de Lomas de Zamora, entre otras. Luego sus contactos le permitirían volver a viajar y trabajar en universidades europeas.

En los años noventa, ya radicado nuevamente y en forma definitiva en Tucumán, comenzó nuestro contacto personal. Realizamos muchas

lecturas públicas, presentamos algunos libros, propios y ajenos, y participamos de algunos viajes y congresos. Su actividad nunca decayó y siempre anduvo con algún nuevo proyecto por realizar.

Recordando los viejos años setenta, hablábamos de literatura incansablemente y también solíamos mencionar, con respeto, aquel álbum de Alan Lomax que él me había enviado desde la Universidad de Georgetown y del que ambos éramos entusiastas escuchas. Aquellas largas conversaciones, por lo general en la librería/bar El Griego están entre mis mejores recuerdos. En ese tiempo colaboré con él en su libro de microrrelatos *Menos de cien*, escribiendo el prólogo a pedido suyo; y él formó parte de mi antología *Monoambientes*. No fueron las únicas asistencias mutuas, pero sí las que lograron mayor repercusión. Me queda la deuda de no haber formado parte, a pesar de su insistencia, de una lista para la conducción de la SADE en compañía de nuestro común amigo Arturo Álvarez Sosa.

David Lagmanovich falleció en 2010. Con Mónica Cazón, Ana María Mopty, Liliana Massara y Julio Estefan creamos la Asociación Literaria que lleva su nombre, desde la que organizamos y seguimos organizando infinidad de tareas culturales dentro de las disciplinas literarias que él manejaba a la perfección, además de encuentros temáticos a nivel nacional. Ya son 14 años de actividad ininterrumpida.

Un último dato para terminar: en 2016, para el Bicentenario de la Independencia Argentina, Julio Estefan y yo hicimos una convocatoria en el universo de habla hispana y entre quienes practican ese género, para recrear (reescribir) un microrrelato de David que se prestaba muy bien para ello. La idea era hacer versiones personales respetando los personajes del texto original. Así surgió *Cuaderno Laprida*, totalmente relacionado con Tucumán y con la fecha conmemorativa del histórico congreso. En la edición impresa incluimos 72 versiones distintas de diferentes provincias y países. Algunos años más tarde, en 2020, gracias a la tecnología y a los nuevos sistemas de distribución, llevamos a 100 microrrelatos la edición digital de dicho libro. Creo que es el mejor homenaje que podíamos hacerle a quien dedicó los últimos años de su vida a jerarquizar el género de las ficciones breves, hoy tan populares en todo el mundo.

Podrían contarse muchas cosas de David que lo pintan como un ser inspirado y amigable. Podríamos hablar de su interminable labor como docente, por ejemplo; sus alumnos lo recuerdan con mucho cariño. Podría detenerme en algunos de los libros que publicó (fueron más de cincuenta); *Cuaderno del expósito*, *De cinco en cinco* y *Contraescrituras* son mis preferidos; supongo que esas particularidades de su obra le agradarían. Pero lo cierto es que prefiero quedarme con esta media docena de recuerdos, algunos de ellos por fuera de la literatura; remembranzas puntuales relacionadas con un amigo que alguna vez nos dejó y que sin embargo no nos abandona.